



Ilustración realizada por Javier Montesol

Madrid, 25/03/20

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (IV)

27 de marzo de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

Finalizando la segunda semana efectiva de aislamiento de la gran mayoría de los ciudadanos en este país, tenemos aquí la cuarta entrega de Reflexiones desde la sociedad civil.

Aunque para muchos de nosotros termina una semana de intenso trabajo y de una actividad frenética dirigida a reorganizar nuestras vidas y el trabajo de nuestras organizaciones, comienza hoy un fin de semana que nos permitirá reflexionar con detenimiento sobre muchos aspectos que están pasando desapercibidos y que los autores que aquí han escrito nos trasladan. Para otros muchos no ha sido así, ha sido una semana realmente dura por motivos sanitarios, de trabajo, etc. A ellos también están dirigidas estas reflexiones.

El volumen de información que recibimos a diario ha incrementado considerablemente, pero, sin embargo, yo al menos, no tengo la sensación de estar mejor informada que antes de la crisis. Sigo necesitando, y más que nunca, un criterio certero para distinguir el grano de la paja, lo cierto de lo que no lo es, lo importante de lo urgente.

Creo que la lectura de las reflexiones que estamos aportando en esta y en todas las demás entregas, nos ayudan a tener un conocimiento más profundo de lo que sucede realmente, nos ayuda a distinguir lo que decía antes, lo urgente de lo importante y tengo la esperanza de que sirvan para aproximar posiciones, para reducir la polarización que ha venido produciéndose en los últimos tiempos. Ojalá contribuyan a alcanzar el consenso necesario para afrontar con eficacia que las medidas que va a necesitar España para resolver los grandes problemas que se avecinan.

Cristina Jiménez Savurido,
Presidente de Fide.
Madrid, 27/3/2020.-

Índice

1. **Era solo una gripe... reflexiones sobre la frivolidad en tiempo de crisis 4**
Ana Buitrago Montoro, 5
2. **El coronavirus es el Chernóbil de nuestra civilización 6**
Eduardo Martínez de la Fe 8
3. **“Europa, no te vayas” 9**
Antonio García Paredes 10
4. **Reflexiones a propósito de la crisis sanitaria II 11**
Javier Alemán Uris 12
5. **Antes, durante y después: Ciencia 13**
Eduardo López-Collazo 15
6. **Necesitamos “poesía” 16**
Maribel Gilsanz 17
7. **El aviso del virus y el pensamiento en positivo para salir de la crisis 18**
Vicente Magro Servet 19
8. **Aquella temporada que pasamos en casa 20**
Javier Zapata 21
9. **La bioética en los tiempo del coronavirus 22**
Federico de Montalvo Jääskeläinen 24

Era solo una gripe... reflexiones sobre la frivolidad en tiempo de crisis

Nos decían que era solo una gripe, como las otras y que, como las otras, sólo era peligrosa para aquéllos que hubieran podido verse contagiados por una gripe “normal”. Ello se traducía, en la práctica, en que esta gripe solo era peligrosa para la población vulnerable...y ahí nos quedamos. En aquel momento se trataba de un mensaje reconfortante para la gran mayoría de nosotros, puesto que no teníamos claro quiénes estaban comprendidos en ese colectivo. Como mucho, pensábamos, nuestros padres y demás seres queridos estaban bien y, si no habían sido afectados por gripes pasadas, tampoco se verían afectados esta vez.

Nos creímos lo que nos contaron y no quisimos indagar más. No nos detuvimos a pensar por un momento en que esta vez podría ser diferente e impactar a nuestros padres, ya mayores, así como a otras personas comprendidas en el grupo de aquellos llamados vulnerables. Qué gran sorpresa cuando descubrimos, pocos días después, que entre las personas amenazadas por esta nueva enfermedad estaban no sólo nuestros seres queridos más mayores sino también muchos otros (incluidos niños y gente joven): personas con cardiopatías, - por ejemplo la mejor amiga de mi hija pequeña -, con síndrome de Down¹ - la hija de una buena amiga y sus compañeros del cole -, asmáticas, hipertensas, o sometidas a tratamiento contra el cáncer y otros tratamientos inmunodepresores. En definitiva, no nos paramos a pensar y nos dejamos arrastrar por un cómodo “esto no me va a pasar a mí”, mirando a otro lado ¡Qué frivolidad, visto en perspectiva!

Todo ello es humanamente comprensible, pero nos tiene que dar qué pensar. Este tipo de reacción responde a los patrones de nuestra sociedad actual, construida sobre el miedo a la muerte y la negación de su sola presencia en nuestras vidas². Clama al cielo, por lo injusto y abiertamente inmoral, la facilidad con la que ignoramos a nuestros mayores y desplegamos una tolerancia abrumadora hacia la pérdida de los que, total, tienen pocos años de vida por delante. Basta con poner cara a uno solo de ellos, para que se nos parta el alma ahora que podemos comprobar en nuestras propias carnes el peligro que se cierne sobre todos ellos. En el caso de nuestros mayores la injusticia es todavía más sangrante, puesto que ellos jamás habrían reaccionado así si hubiéramos sido nosotros, hijos y nietos, los que estábamos en riesgo.

Una honrosa excepción, entre otras que seguro se me escapan, es el personal sanitario.

¹ Las personas con síndrome de Down suelen tener el sistema inmunológico deprimido y sufren en un porcentaje significativo de cardiopatías de nacimiento y mayor propensión a sufrir ciertos tipos de cáncer.

² Sobre esto ha escrito Jesús Almoguera una maravillosa contribución en el número 1 de las Reflexiones FIDE – sociedad civil, de 19 de marzo de 2020: “Navegar es necesario, vivir no”.

Estoy segura de que muchos de ellos no han pensado nunca así y habrán observado nuestra actitud con perplejidad. Hoy esa perplejidad se ha transformado en abierta frustración y enfado con aquellos pocos que todavía quieren seguir haciendo vida normal y hacen caso omiso de las restricciones de movimiento impuestas por las autoridades. Me conmueve observar cómo el personal sanitario que está en la trincheras se está dejando la piel por todos y cada uno de sus pacientes, porque cada vida importa. Espero que, cuando salgamos a aplaudirles cada tarde desde los balcones de toda España, lo tengamos muy en cuenta.

Ana Buitrago Montoro,
Abogada.
Madrid, 21/3/2020.-

El coronavirus es el Chernóbil de nuestra civilización

Plantea, como con el socialismo soviético, la necesidad de un cambio de modelo. La crisis del coronavirus evoca la experiencia de Chernóbil: en ambos casos la incompetencia política desencadena una crisis sanitaria que plantea un cambio de modelo.

La crisis del coronavirus debemos contemplarla como la primera de una cadena de episodios críticos que ocurrirán en los próximos años y décadas.

No solo estamos ante una pandemia global, sino ante una crisis global que se prolongará en el tiempo y que está caracterizada por dos vectores: el cambio climático y la polarización social.

Los síntomas de esta crisis se han multiplicado con el paso del tiempo y tienden a agravarse: la escalada de la temperatura global y de los movimientos migratorios son claros ejemplos de la nueva realidad.

Ambos vectores tienen un denominador común: representan una seria amenaza, tanto para el planeta como para nuestra especie, que no ha sido adecuadamente gestionada por las instituciones públicas.

Los científicos llevan advirtiendo sin éxito desde hace años que hay que repensar el modelo de civilización porque destruye la naturaleza y fractura a la sociedad: ambos efectos estrangulan el sistema en el que vivimos.

Advertencias ignoradas

Con el Covid-19 ha pasado algo parecido: la Organización Mundial de la Salud advirtió en 2018 que la próxima epidemia mundial sería algo nunca visto. La llamó "Enfermedad X".

Incluso advirtió que podría surgir como consecuencia de las relaciones entre animales y humanos, potencialmente capaces de provocar episodios sanitarios graves.

Y añadía que los sistemas sanitarios debían extremar la vigilancia y preparar vacunas y tratamientos ante esa previsible pandemia.

La OMS, como cualquier organización científica, no sabe ni pretende saber lo que va a pasar.

Tan solo recurre a la inteligencia para anticipar posibles acontecimientos y prevenir sus

consecuencias. Prepararnos para la crisis es la mejor forma de superarla.

Aquel llamado de la OMS, como otros formulados en los últimos años por la comunidad científica sobre el cambio climático o la crisis social, fue olímpicamente ignorado por las instituciones responsables del bienestar público.

Consecuencias nefastas

Hoy estamos pagando las consecuencias: las políticas económicas de las últimas décadas no solo no han atendido esa recomendación, sino que han ido justo en la dirección contraria: recortar el gasto sanitario y privatizarlo.

Aquí tenemos, no solo en España, sino en el conjunto de países de nuestro entorno, el origen de la crisis sanitaria actual.

El problema de fondo no es el coronavirus y su impacto. La ciencia, que tiene controlados los mecanismos fundamentales de la salud, no estaba preparada para la irrupción del Covid-19.

Pero tiene los conocimientos suficientes para resolverlo. En poco tiempo, padecer este coronavirus será algo tan irrelevante que se resolverá con un simple tratamiento *ad hoc*.

El problema de fondo es que, cuando surgen imprevistos como este, el sistema sanitario está bajo mínimos: no tiene capacidad para atender a mucha gente enferma al mismo tiempo.

Justo lo que trataba de impedir la OMS hace dos años.

Ahora todos los dirigentes corren a obtener suministros de protección, a añadir camas improvisadas para acoger a tanta gente, e incluso están dispuestos a parar casi totalmente la economía para contener la sangría de vidas y episodios críticos.

El precedente de Chernóbil

Esta situación me recuerda en parte a lo que ocurrió con el accidente de Chernóbil.

Lo conocí en profundidad porque tuve que traducir al español el libro que revelaba todos los entresijos del mayor accidente nuclear de la historia reciente.

De alguna forma, hoy estamos reviviendo una situación parecida: la incompetencia institucional genera una crisis sanitaria que nadie sabe cómo atajar porque los escenarios varían a cada momento.

Entonces pensábamos que el accidente nuclear había sido la consecuencia de un sistema caduco, el socialismo soviético, que desapareció cinco años después de la catástrofe de Chernóbil.

Casi 30 años después, a la vista de lo que estamos viviendo y de las catástrofes que según los científicos ocurrirán, podríamos decir que nuestro modelo de civilización está también abocado a su desaparición.

Habrà que pensar en otro modelo, más armónico en las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, si queremos escapar de esta espiral de catástrofes.

En eso es en lo que debemos pensar ahora. Es el reto que nos quedará después del Covid-19, cuando podamos volver a reunirnos para decidir qué hacer después de nuestro Chernóbil.

Eduardo Martínez de la Fe,
Editor de la revista Tendencias21
y Miembro Directivo del Club Nuevo Mundo.
Madrid, 25/3/2020.-

“Europa, no te vayas”

El confinamiento a que nos vemos obligados la mayoría de los ciudadanos europeos no debe comportar el confinamiento de las ideas, de los análisis y de las propuestas. Una reflexión que más de uno se habrá hecho en estos días es la de **“qué pasa con Europa”**. Nos preguntamos si en esta situación tan impensable, tan dramática y confusa las **instituciones europeas** están dando la debida respuesta a un problema que a todas luces es global, mundial, planetario, y que ha generado y está generando un impacto imprevisible sobre la vida cotidiana y sobre la vida económica del mundo occidental.

De esta situación vamos a **salir con llanto, pero con esperanza; con menos riqueza, pero con austeridad; con una población aplastada, pero con mayor espíritu de solidaridad;** con el sentimiento victorioso de haber superado el virus, pero **con la sensación de fragilidad que nos ha generado el contagio y la muerte.**

Habrán dos frentes en los que librar **la futura y larga batalla de la recuperación:** uno, el más directo e inmediato, el de nuestra nación; otro, más mediato, pero no por ello lejano, **el de la Unión Europea.**

No es momento de traer a la mente todos los defectos y lagunas que la Unión Europea ha venido manifestando desde sus inicios. La UE está ahí con todos sus lunares, **pero está.** La UE está ahí con todos sus enredos burocráticos, **pero está.** La UE está ahí con todas sus frustraciones, **pero está.** Los europeos de los años posteriores a la segunda guerra mundial no la tenían. La tuvieron que construir sobre las cenizas de la guerra y tuvieron que pasar años para que su configuración se consolidase y comenzase a funcionar. Europa prosperó con la Unión. España se ha beneficiado no poco con la entrada en la Comunidad Europea desde 1986. **Las instituciones están ahí** (por mucho que queramos criticarlas y denostarlas).

Ese **estar ahí** supone que Europa tiene bases, fundamentos, pilares para seguir funcionando y ofreciendo a sus habitantes (y al mundo) soluciones. La crítica no debe llevarnos a la eliminación de algo que ha tardado tanto en consolidarse. Sobre todo, la crítica no sería honesta si no ofreciese **una alternativa** a la realidad existente. ¿A dónde iría Europa sin su Unión y sin sus instituciones? ¿Nos iría mejor con el individualismo nacionalista, con el alejamiento de los pueblos de nuestro continente, con la competición entre naciones, con las suspicacias mutuas?

Puede que Europa, como realidad política, esté enferma, que haya entrado en ella el virus de la excesiva burocracia, del excesivo mercantilismo, de la excesiva obesidad administrativa, del excesivo déficit democrático. Pero no tenemos otro guardián alternativo, ni otro tren en el que montarnos para alcanzar un futuro mejor. Europa no

debe desaparecer. **Europa necesita “más Europa”.**

Y en ese “**más Europa**” hay que incluir el pensamiento, la ética, el esfuerzo, el sacrificio, el diálogo, el trabajo en común. Nunca han faltado en Europa filósofos, pensadores, intelectuales que reflexionaran sobre los problemas de la vida, de la convivencia, de la historia y ofrecieran sus soluciones. Tampoco han faltado políticos de gran talla que han sabido encauzar situaciones difíciles e incluso trágicas. A un mejor nivel de vida y a una más empática convivencia han contribuido también no pocos artistas, creadores e inventores. Hasta los poetas han insuflado su ánimo para superar los problemas. Ahí está la tan citada frase de Hölderlin de que “**allí donde está el peligro, crece también lo que salva**”. No cabe duda de que esta Europa, la que parece tan en crisis, contiene en sí un gran capital humano (hombres y mujeres) con capacidad de lucha y de superación y en el que se integran (porque es posible) las distintas sensibilidades y enfoques aportados por cada pueblo.

En estos momentos difíciles (y los que les seguirán) hay que desear ardientemente **que Europa no se vaya**. Que, aunque enferma, trate de recuperarse; que vamos a luchar por sanarla, por fortalecerla, para que siga apoyando a todos los europeos y pueda ofrecer la confianza que los seres humanos necesitamos ante el horizonte sombrío que se ha abierto ante nosotros y en el que se han apelmazado todos los nubarrones que hasta ahora parecían dispersos (desigualdades, migraciones, pobreza, cambio climático, terrorismo, recesión económica, epidemias, envejecimiento, etc...).

Una **nueva conciencia europea** tiene que verse reflejada en las escuelas, en las universidades, en los medios de comunicación, en los Parlamentos, en los Consejos de Ministros, en el arte, en la literatura, en las tertulias y en los encuentros ciudadanos. Una nueva conciencia que contribuya mejorar la estructura y el funcionamiento de la Europa política y económica y que derivará sin duda en una mejor imagen de Europa ante el mundo. Una Europa que aparezca adornada con los valores de la libertad, de la justicia, de la solidaridad y de la promoción de la dignidad humana.

Antonio García Paredes,
Magistrado Jubilado de la Audiencia Provincial de Madrid
Madrid, 25/3/2020.-

Reflexiones a propósito de la crisis sanitaria II

Con el transcurso de los días en confinamiento y en la batalla permanente contra el COVID19, afloran los pensamientos.

El primero de los míos va dirigido a las personas mayores, colectivo de especial vulnerabilidad frente a la crisis de salud pública y al que pertenece la mayoría de víctimas mortales de la misma. Sufrieron en su infancia la posguerra y la dictadura franquista sin las oportunidades de proyección y formación de las que hoy disfruta la juventud. Levantaron con su civismo un valioso régimen de libertades y bienestar del que aún nos valemos. Se convirtieron para numerosas familias, de forma inesperada, en la red de protección social durante la recesión posterior a 2008.

Ahora, en muchos casos desde la soledad y en otros desde la incompreensión, afrontan un riesgo sanitario de primer orden que les exige para su supervivencia, precisamente, el aislamiento y la distancia respecto de sus seres queridos. Es el ejemplo de dignidad y de superación de esa generación el que debe inspirar a la mía para la creatividad, la energía y el aplomo necesarios para hacer frente a la emergencia.

También tengo pensamientos para mi generación. Es esa que nació en el contexto de un progreso irrefrenable que pronto se revelaría como un falso espejismo. Las amenazas globales que se materializaron el 11S y el 11M supusieron un nuevo paradigma. La promesa de un futuro de estabilidad económica se desmoronó con el colapso financiero de 2008, que depararía unos primeros empleos efímeros y en condiciones precarias. Hoy es claro que la pandemia supondrá, nuevamente, un cambio de ciclo político y social al que deberemos hacer frente.

El reto inmediato para esta generación será combatir el autoritarismo y el repliegue nacional, de fácil cultivo en circunstancias como las que vivimos, y profundizar en un pensamiento multilateral y no unilateral, global y no nacional. El desafío será asegurar la supervivencia y el fortalecimiento del proyecto de integración europea, como ya lo hicieron nuestros padres y madres hace una década, cuando el derrumbamiento económico lo puso en cuestión.

Hoy, la contribución social que se exige a la mayoría de los jóvenes es únicamente el alejamiento social y la reclusión. Sin embargo, más pronto que tarde llegará el verdadero momento de rendir tributo a nuestros mayores y afrontar los embates que plantee el postCOVID19.

Construyamos mañana un modelo de gobernanza global en el que revaloricemos lo público, como garante del bienestar de todos, y en el que impulsemos el valor social de

la empresa. Fortalezcamos las soluciones cosmopolitas abandonando aquellas guiadas por el aislacionismo y, en definitiva, reconozcamos a nuestros abuelos y abuelas preservando el Estado de Derecho y el régimen de derechos y libertades que forjaron.

Javier Alemán Uris,

Jurista y politólogo.

Asesor en el Ministerio de Justicia.

Madrid, 25/3/ 2020.-

Antes, durante y después: Ciencia

La Tercera Guerra Mundial ha llegado y lo ha hecho como habíamos predicho los científicos. La catástrofe está alejada de conflictos religiosos, intrigas entre potencias y escaladas nucleares. El enemigo es común para toda la humanidad, no lo podemos ver y le da lo mismo viajar en una patera que en primera clase. Se llama SARS-CoV-2 y provoca el Covid-19. Un virus que no distingue entre pobres y ricos, no se pone exquisito respecto a las razas, ni hace una evaluación de tu intención de voto. Simplemente te infecta y, acto seguido, devienes un transmisor eficiente de la enfermedad.

13

Poco sabemos de él. Al principio occidente lo vio lejos, luego se fue acercando y nos calificaron de exagerados a quienes dijimos claramente: “esto no es una gripe”. Según los datos científicos, surgió debido a un proceso que llamamos zoonosis. En palabras sencillas, un salto desde otras especies a los humanos. No es la primera vez que ocurre, quizá el caso más tristemente famoso haya sido el VIH, el virus que causa el SIDA. A diferencia del VIH, el SARS-CoV-2 se transmite con gran facilidad. Es capaz de mantenerse activo en superficies de todo tipo, en las manos y hasta en partículas del aire durante algún tiempo. Esto provoca que una sola persona sea capaz de contagiar a otras muchas y cada una de ellas a otras tantas. La progresión es exponencial, ya lo hemos visto en las gráficas que se publican casi en tiempo real.

Pero ¿por qué nos tomó desprevenidos? La respuesta se deberá dar con la perspectiva del tiempo, la cabeza fría y los datos en las manos. Por ahora sólo diría que lo urgente robó espacio a lo importante. Demasiadas son las veces que la visión nos falla porque el contexto socio-político es especialista en urgencias, esas que restan importancia a las evidencias científicas. El modelo ya se estaba desarrollando en China y se reproducía con contundencia en Italia. Cabe entonces preguntarse ¿cuál era la razón por la que no ocurriría en España? Muchas fueron las voces que, desde la ciencia y la divulgación, previeron este desastre. Sin ir muy lejos, ni buscar al profesor de una reconocida universidad norteamericana, en un libro escribí: “Se estima en la cifra de 320 000 el número de virus de mamíferos por descubrir. La próxima gran pandemia podría estar en uno de ellos. ¿Qué hacemos cruzados de brazos y sin estudiarlos para prevenir?” Mas los mandamientos de una economía post crisis prevalecieron sobre el criterio científico.

El Covid-19 es una pandemia que, aunque aún no podemos calificarla de excesivamente mortal, es extremadamente dañina. Las afectaciones que sufren los infectados tienen un amplio espectro: desde la persona asintomática hasta el paciente en estado grave que precisa de respiración asistida y cuidados intensivos. Esto provoca una situación cercana al colapso de cualquier sistema sanitario. El español no se salva de ello a pesar de poder calificarse de muy bueno. Recordemos que este virus no había sido visto por el sistema de defensa de los humanos hasta que apareció en China, nadie en el planeta

tenía anticuerpos frente a él. Esto eleva enormemente las posibilidades de infección, ninguna persona es inmune, tampoco el personal sanitario. Y aquí radica otro problema, muchas de las personas que trabajan en sanidad se infectaron antes de ser decretada la alarma. Otras, debido a la falta de material de protección que la demanda no prevista provocó, se contaminaron después. En algunos hospitales la cifra del personal positivo para el virus roza la mitad de la plantilla. En cualquier sistema esto supone una debacle difícil de gestionar. No somos la excepción, lo estamos viendo.

¿Qué se está haciendo para tratar a los pacientes? Un número importante de los infectados tienen síntomas leves o incluso están asintomáticos. La mayoría evolucionan en sus domicilios y no requieren atención médica presencial. Sin embargo, otros desarrollan estados de gravedad con neumonías que necesitan hospitalización. Esos otros, son demasiados y de un golpe. No es lo mismo atender a cien personas durante 10 días que el mismo número en 24 horas. Tratamientos completamente efectivos no hay, los facultativos se basan en enfermedades parecidas para establecer pautas. El día a día es una guerra en tiempos de paz. No obstante, hay algunas observaciones que nos dan pistas: los niños parecen estar protegidos de una evolución desfavorable, el empeoramiento de los pacientes se hace evidente a partir del sexto-octavo día y casi la totalidad de los fallecidos mueren por sepsis. Con esto en la mente, los científicos estamos elaborando proyectos de investigación para buscar los puntos débiles y aprovecharlos. Pero todo se complica por las condiciones actuales. Investigar es prioritario, más los centros e institutos de investigación están cerrados.

Por otra parte, la presión y las prisas son las peores compañeras en el viaje científico. La ciencia se cuece a fuego lento y sin orientaciones. Investigando sobre sepsis una vez llegué a un mecanismo que usa el cáncer para evitar las defensas humanas. Tiempo después logré aplicar algo que aprendí en la investigación contra cáncer al, supuestamente, alejado campo de las infecciones bacterianas. Y así podría citar miles de casos parecidos. Justamente la sepsis es una de las principales causas de muerte en el mundo desarrollado, supera a la suma de varios tipos de cáncer y los infartos. Sin embargo, poco hemos desarrollado para poder tratarla. No es una enfermedad visible, los pacientes mueren rápidamente, no da tiempo a que una *celebrity* haga una *story* con el tema. En resumen, apenas se dedican fondos para investigarla. ¡Qué oportunidad perdida! Ya tendríamos parte de la solución a esta pandemia, recordemos que la mayoría de los fallecidos lo hacen por una sepsis.

Para el día después, cuando salgamos a disfrutar del sol, los amigos y la familia... sólo pido que se escuche a la ciencia, pero toda la ciencia. Nunca sabemos cuál descubrimiento nos salvará de la Cuarta Guerra Mundial que, quizá, venga de la mano del clima.

Eduardo López-Collazo,
Director Científico, IdiPAZ,
Hospital Universitario La Paz, Madrid.
Madrid, 25/3/ 2020.-

Necesitamos “poesía”

El contexto cambia, cambian nuestras reflexiones. Se hace crucial tener en cuenta las fechas de nuestros comentarios. No significan lo mismo las palabras emitidas el primer día de la crisis, hoy, ni las de hoy significarán lo mismo dentro de un tiempo, cuando nuestras incertidumbres sean otras.

Hace unas semanas, en mi entorno, las cifras sobre el avance del coronavirus eran números abstractos, representaciones imprecisas en los mapas de las noticias. Ahora, algunos de ellos son conocidos, caras amigas que hacen sentir el peso de la realidad con más fuerza y tristeza. Es momento de sentirnos unidos, alentar, intentar resolver y esperar. En palabras de Flaubert: “Hay que esperar cuando se está desesperado, y andar cuando se espera”. Son muchos los profesionales que estos días, más que andar, corren infatigables para atender con ternura las necesidades vitales de la población. La ternura es una forma poética. Nuestro agradecimiento es infinito.

Los mayores son una escuela viva. Mi padre tiene 88 años. Ha decidido plantar un frutal en el jardín que le recuerde los días de encierro. Hacer algo que sea provechoso en un futuro. Cada día me da lecciones prácticas de cómo no escatimar energías y luchar por todo aquello que queremos conseguir o no queremos perder.

Elisabeth Bishop nos habla de afrontar las pérdidas en su poema “un arte”. “El arte de perder se domina fácilmente”, dice el primer verso. Mi padre también me enseñó que había que dominar el arte de perder, fue hace años, cuando estábamos diciendo adiós a lo que él más quería: mi madre. Es en las experiencias compartidas cuando las palabras “poéticas” se vuelven más operativas. La palabra cargada de emociones y silencios nos ayuda a acercarnos al misterio de la realidad, a “convertir el delirio en razón sin abolirlo”, como decía María Zambrano.

Delirantes están siendo estos días de tantas pérdidas: humanas, económicas, de estilos de vida.... Es nuestro gran reto transformarlo en “razón” y, en este caso, abolirlo en lo posible y lo antes posible.

Centrarnos, tener en cuenta el contexto en nuestras comunicaciones, no siempre es fácil en esta sociedad donde limitamos por norma los caracteres del mensaje, o saltan los correos de una persona a otra sin la suficiente prudencia o comprobación. Espero que aprendamos a usar mejor las redes y a limitar la invasión del espacio del otro. La semana pasada, excesivas noticias falsas y desmentidos posteriores nos sacaban a algunos de quicio, mientras a otros parecían hacerles más llevadero el confinamiento. Cada uno tramitamos las preocupaciones a nuestra manera.

La saturación de mensajería y exhibiciones de asuntos domésticos y balbuceos artísticos en las redes los días de reclusión llevará a los más sensatos a comprender que todo, como en la vida misma, para ser efectivo, requiere un número limitado de veces. No todo funciona igual que la publicidad. Es interesante tener en cuenta la necesidad de combinar las manifestaciones con los silencios, como nos enseña desde sus orígenes la palabra poética.

Quizá esta crisis nos ayude a saber ponernos en marcha o parar cuando sea oportuno en los distintos campos. La poética del engranaje social. Saber cuándo quedarnos en casa o cuándo actuar según en qué y cómo. Ayudar todos de la mejor manera a combatir la fragilidad del mundo. Desde salvar una vida a plantar un árbol. La poesía en los pequeños y los grandes detalles. Ritmo.

Maribel Gilsanz,
Escritora y artista plástica.
Segovia, 26/3/ 2020.-

El aviso del virus y el pensamiento en positivo para salir de la crisis

La mejor reflexión que podemos hacer de todo lo que está ocurriendo en nuestro país, y en el mundo entero en la actualidad, tiene que ser siempre en positivo. Porque solo si enfocamos todo este problema desde el punto de vista de cómo podemos mejorar, cómo podemos cambiar, cómo podemos aprovecharnos de lo que ocurrido para cambiar formas de conducta, y darnos cuenta de lo que funcionaba mal, y cómo deben funcionar mejor las cosas, estaremos más fuertes y mejor preparados ante un drama similar al actual.

Por ello, no es posible afrontar esta situación bajo el punto de vista del pesimismo de los brazos caídos, o de que esto va a ser un desastre a partir de ahora. El ganador, que lo somos todos, no puede pensar nunca ante una adversidad que no va a poder salir de ella, y debe estar con la mente y sus sentidos dirigidos a que “este partido se va a ganar” para resolver los problemas que están surgiendo a nivel individual y colectivo. Así pues, el enfoque debe ser dirigido a detectar cuáles son los puntos que hay que cambiar para que esta situación no vuelva a pasar para que el bienestar de la sociedad, la salud y la economía mundial no pueda verse de nuevo bajo el drama con el que se enfoca en la actualidad, así como qué resortes hay que tocar.

Pero lo que está claro es que nos vamos a reinventar tecnológicamente y utilizar mejor las tecnologías, porque parecía que nos lo daban todo Y, sin embargo, no las utilizábamos del todo, porque este periodo como será recordado, entre otras cosas, es por la proliferación del “trabajo y las reuniones virtuales”.

Por otro, lado es preciso invertir más en investigación. Nos sentíamos los mejores y con los inventos más sofisticados, y, de repente, nos hemos dado cuenta de que un bicho sin vida propia, pero con efectos demoledores una vez entra en el cuerpo humano, destroza la humanidad sin que pueda haber una reacción más o menos inmediata que evite o paralice los efectos perversos de este virus, y se nos anuncie que va para largo una vacuna. Sin embargo, no olvidemos que en otras ocasiones se ha podido enfrentar la humanidad a otras enfermedades con mayor agilidad y, ahora, parece que no es este el caso. Ello nos demuestra que no éramos tan buenos como nos creíamos en investigación y en tecnología y que la ciencia debe recibir los fondos necesarios para estar alerta ante este tipo de eventualidades.

Y, por cierto, ¿Ha sido esto un castigo? ¿Una advertencia?

Pues podemos echar la vista atrás y recordar las 10 plagas de Egipto. Así, cuenta la historia que Moisés y Aarón se acercaron al faraón de Egipto para advertir al soberano

que dejara partir a los hebreos de Egipto y no les sometiera a la esclavitud que tenían. Le entregaron la demanda encomendada por Dios, que exigía que los esclavos israelitas pudieran salir de Egipto, pero tras una primera negativa del faraón, Dios envió a Moisés y a Aarón de nuevo a mostrarle un milagroso signo de advertencia. Aun así el faraón rechazó las peticiones de los hermanos sucesivamente, hasta que la décima y última plaga fue la muerte de todos los primogénitos de Egipto. Ello fue el golpe más duro a Egipto y la plaga que finalmente convenció al faraón de que debía liberar a los hebreos. Pero después se arrepintió y fue en su busca pero, fue atajado por los muros de agua marina que volvieron a su estado natural por orden de Moisés y el gobernante, junto con su ejército mueren en el Mar Rojo.

Esperemos que cuando el virus se vea rodeado por el esfuerzo de los sanitarios, la policía, el ejército, los empresarios que están ayudando y todos aquellos que han dado un paso al frente para ganar este partido, incluidos todos los que estamos encerrados, que también es una colaboración para salir de ésta, sea lo que haga caer el agua del Mar Rojo sobre el coronavirus y le haga desaparecer. Pero cuando esto ocurra el virus siempre nos habrá dejado un mensaje de futuro que no habrá que desaprovechar...Que no se olvide.

Vicente Magro Servet,
Magistrado del Tribunal Supremo.
Madrid, 25/3/ 2020.-

Aquella temporada que pasamos en casa

Ya que me preguntas, la cosa fue como por oleadas. En Navidad comentamos que había una nueva enfermedad, una extraña gripe con mala uva, en China, donde lo cogen todo, porque comen porquerías como murciélagos, pangolines o qué sé yo. Pensamos que, como mucho, sería otra gripe A.

Murió el medico chino que dio la voz de alarma y, luego, muchos chinos más. Aquí, este tipo de noticias nunca nos preocuparon demasiado. ¡Había tanto chino y estaban tan lejos!

En enero se supo que los chinos no estaban tan lejos. Estaban en la Lombardía y eso pillaba al lado. A mediados de febrero me llamó mi primo Alfonso, que acababa de llegar de Milán y al que le dijeron que no pisara la oficina. Podía parecer muy exagerado, pero —pensamos entonces— era mejor prevenir que curar.

Mientras tanto, nosotros, a lo nuestro. Entretenidos en una primavera anticipada con endémicas querellas domésticas, llegamos al Carnaval y a las manifestaciones. Y de pronto, como si hubiéramos sufrido un ataque bacteriológico, un lunes la cuaresma se hizo cuarentena. En muy pocos días, la recomendación de no salir se convirtió en la prohibición de moverse.

Había empezado a leer *La montaña mágica*, por recomendación de un amigo. Hans, el protagonista, antes de incorporarse a su trabajo de ingeniero, se acercaba a saludar a su primo Joachim, ingresado en un sanatorio en las montañas. Iba a estar de visita tres semanas, lo que me pareció una eternidad, aunque allí el tiempo se contaba por meses, ya que la salud era demasiado importante para darse prisa en volver a la vida de abajo. Al principio a Hans le cuesta hacerse con el sitio. Totalmente ajeno a la enfermedad, que sufren o tratan ingresados, médicos, enfermeras y personal, solo por simpatía o solidaridad con su primo, mantiene los horarios, los paseos, las curas de descanso y el régimen de comidas pantagruélicas. Sin embargo, a los pocos días de llegar, se encuentra mal, se pone el termómetro y, a partir de ese momento, se convierte en un enfermo más.

Las tres semanas se extenderán mucho más allá, incluso después de que Joachim se incorpore a su regimiento. Su recuperación física será la oportunidad para la profunda transformación espiritual de Hans, cada día más alejado del ajetreo de abajo, los negocios o la familia.

Algo así nos empezó a pasar en casa. Lo que iban a ser dos semanas, aunque nadie lo tenía muy claro, enseguida se convirtió en un mes. Lo de quedarse en casa, que

entendimos al principio como muestra de civismo para que no se extendiera el virus entre ancianos o grupos de riesgo, gente desconocida, se convirtió en una medida personal de defensa frente a la epidemia cuando la enfermedad y el dolor empezó a extenderse entre amigos y conocidos. Un día empezamos a ponernos el termómetro como Hans.

Pasados los días en los que estábamos en casa como de visita, nos conformamos con el cambio, sin perder del todo el orden —la noche es por la noche, los lunes siguen siendo lunes— ni el sentido.

Nos acordamos de los clásicos, que decían que las cosas importantes nos las regalaban los dioses sin pedirnos nada. Perder la movilidad nos devolvió parte del tiempo que llevábamos toda la vida reclamando. No podíamos salir, pero podíamos hacer todo lo demás: asistir a reuniones de trabajo, ver a los amigos, disfrutar de la conversación, descubrir algún museo, escribir y leer, volver a componer. Poner las cosas en su sitio, querer a la gente o, por lo menos, dejarse querer un poco.

Volvimos a salir, pero ya nunca fue del todo igual.

Javier Zapata,
Secretario General, Emisores Españoles.
Madrid, 26/3/ 2020.-

La bioética en los tiempo del coronavirus

La actual crisis del coronavirus está suscitando, como era de esperar, a la vista de la evolución de la pandemia, un problema bioético de mucho calado: la distribución de los recursos sanitarios y la priorización de la asistencia a unos pacientes frente a otros.

Si hay momentos en los que la Bioética debe cobrar un papel estelar son precisamente éstos en los que todos nuestros valores se ponen en tensión y cuando puede caerse en el error, no intencionado necesariamente, de primar casi exclusivamente el interés colectivo en detrimento de la dignidad y derechos del individuo o, peor aún, recurrir a posiciones extremadamente utilitaristas. La Bioética, como dijera uno de sus padres hace años, nació en el contexto de una crisis y es precisamente en dichos entornos difíciles en los que cobra su propia razón de ser como marco de reflexión y deliberación para la adopción de la decisión éticamente más virtuosa, buscando un equilibrio entre el interés colectivo y la dignidad del ser humano.

Sin embargo, el dilema ético de la priorización en la asignación de recursos sanitarios que es el que ahora se nos plantea no debe ser visto, sin ánimo de desdramatizar lo que son decisiones trágicas que inciden sobre valores tan sustanciales de las personas como son la vida o su integridad, como algo exclusivo o propio de esta crisis. La priorización de recursos sanitarios es una característica intrínseca de nuestro modelo sanitario. Incluso, podría decirse que es una de las consecuencias que derivan de sus propias virtudes.

Así pues, sin quitar un ápice al carácter trágico que una decisión de esta naturaleza tiene, la priorización de la asignación de recursos sanitarios no es una novedad ni una consecuencia de la pandemia, sino algo inherente a cualquier sistema de salud (véase, el ejemplo, el triaje en Urgencias, las listas de espera o las decisiones de incluir o no en la cartera de servicios determinados medicamentos o prestaciones sanitarias). Nuestro sistema de salud lleva priorizando los recursos desde sus inicios, porque es algo consustancial al carácter universal del propio sistema. El todo, para todos, siempre y ya casi nunca es posible. Así pues, la priorización de recursos sanitarios es algo que no nos puede dejar tranquilos, pero tampoco podemos verlo como algo excepcional, sino sustancial a las propias virtudes del sistema. Eso sí, el contexto en el que produce esta priorización resulta más trágica por la premura con la que han de adoptarse las decisiones y por las consecuencias de la propia decisión.

Como ya señalaba hace pocos años el Comité de Bioética de España en su Informe sobre la financiación pública del medicamento profilaxis pre-exposición (PrEP) en la prevención del VIH, de 7 de marzo de 2017, “La bioética está, por tanto, plagada de este tipo de elecciones trágicas donde cualquier decisión sobre la distribución de recursos

afecta de manera sustancial a la vida de las personas pues la elección no resulta ser entre un mal y un bien sino que entre dos males (Puyol González)”. En este caso, la decisión debe adoptarse entre dos males, pero este es precisamente el contexto en el que la reflexión bioética cobra su plena virtualidad. La decisión entre un bien y un mal es sencilla. La que conlleva, necesariamente, una consecuencia mala en todo caso es de la que se ocupa la Bioética.

Incluso, debemos recordar que no solo la necesaria priorización de recursos sanitarios es algo consustancial al propio sistema de salud, al margen de la presente pandemia, sino que, además, los conflictos y dilemas éticos son algo también habitual en la asistencia sanitaria. Los desafíos éticos en la atención médica son comunes incluso en condiciones normales y no solo excepcionales como los que estamos actualmente viviendo, porque la atención médica responde al sufrimiento humano y porque los valores en juego son siempre los más relevantes (vida, integridad o intimidad, entre otros).

En definitiva, la situación actual debe preocuparnos, pero también es importante asumir que tanto la priorización como la toma de decisiones éticamente difíciles son algo harto común en el ámbito de la salud. Ello puede ayudarnos a todos y, sobre todo, a los principales protagonistas de la toma de decisiones, los profesionales sanitarios, a, sin caer en un absurdo conformismo, evitar también situaciones de excesivo estrés o, incluso, pánico.

Por último, es importante recordar, aunque pueda parecer una obviedad, que la crisis que afrontamos es una crisis de salud pública. Es fundamental remarcarlo, y no confundir el origen y naturaleza de la crisis con su impacto en otros ámbitos. La crisis no es económica, ni educativa, ni social: es una crisis de salud pública, que trae vinculada una crisis sanitaria cuyas consecuencias están ya siendo extremadamente graves. Así, entendemos que todos los esfuerzos de las autoridades públicas y la propia ciudadanía debe centrarse en parar la extensión de la pandemia. Cuanto antes se controle el problema de salud pública, antes se resolverán las consecuencias que está provocando en otros ámbitos, de manera especial en el de la asistencia sanitaria. Para alcanzar el objetivo de detener la pandemia urge dotar de medios al sistema de salud, tanto público como privado. Esa es la prioridad hoy: reforzar al sistema de salud y a sus profesionales. Lo que está en juego hoy no es el bienestar económico de nuestra sociedad, sino la vida y salud de muchas personas, especialmente de las más vulnerables.

Y, además, para superar esta crisis no basta la actuación efectiva de las autoridades y poderes públicos. Es igualmente imprescindible que todas las ciudadanas y ciudadanos hagamos un ejercicio ejemplar de responsabilidad, cumpliendo con las medidas de aislamiento e higiene que hemos recibido, y que han demostrado su efectividad allí

donde se han adoptado. Por ello, el Comité rechaza determinadas conductas, eso sí, no generalizadas, de algunos ciudadanos que han adoptado decisiones éticamente reprochables, como viajar a otras Comunidades o seguir manteniendo hábitos de vida habituales. La vida de los demás está ahora, más que nunca, en manos de cada uno de nosotros y cualquier salida del domicilio meramente puntual supone un riesgo para la salud y vida de terceros. El primero y más antiguo de los principios básicos de la Bioética es “primero no hacer daño” (Primum non nocere). Con esas actitudes y conductas se está haciendo daño a muchas personas de manera injustificada.

Y esta llamada a la responsabilidad individual interpela, más si cabe, a las personas y personajes públicos por la mayor trascendencia social de sus conductas y declaraciones. Llevar a cabo comportamientos de riesgo en la esfera pública, que las propias autoridades y profesionales sanitarios vienen desaconsejando, traslada un inaceptable mensaje de confusión. Lo mismo puede decirse de compartir a través de las redes sociales determinadas experiencias propias de la cuarentena. Puesto que habitualmente se comparten aquellos procesos más benignos y no los de evolución más difícil, se puede estar transmitiendo una falsa sensación de venialidad con respecto al coronavirus, como si de una mera gripe más se tratara, cuando en un porcentaje que ronda el 20% la enfermedad puede derivar en cuadros graves e, incluso, mortales. Es importante la ejemplaridad de todos, pero, sobre todo, de aquellos que ostentan una posición de relevancia social.

Concluimos. Se ha afirmado que en los casos de epidemia y pandemia no solo se pone a prueba por la urgencia, el mayor riesgo y lo masivo de la situación las propias capacidades técnicas y las presuntas virtudes de nuestro sistema de salud, sino que también se demuestra en estos momentos los valores o su falta en las personas y en la sociedad. Crisis como las que estamos viviendo exteriorizan nuestras deficiencias personales e institucionales habituales o endémicas. Como tal, una epidemia grave, como otras crisis, debe ser también vista como una oportunidad para reflexionar y avanzar hacia una sociedad más justa y ciudadanos más solidarios. Y también, para seguir ensalzando la labor de los profesionales sanitarios, sin que su esfuerzo pueda caer después en el olvido, como muchas veces ya ha ocurrido, adoptándose medidas económicas, materiales y personales para dotar de verdadera dignidad a unas profesiones que, como estamos comprobando una vez más, son probablemente las más relevantes de todas.

Federico de Montalvo Jääskeläinen,
Profesor de Derecho Constitucional, ICADE.
Presidente del Comité de Bioética de España
Madrid, 26/3/ 2020.-